

Todas las canciones de amor

José Miguel Vilar-Bou

Publicado en Grádina (Serbia)

Abrí la puerta del piso y me aterré al comprender que ese iba a ser mi nuevo hogar. Así de vacío.

El día iba gris en Bilbao. Terminaba de llegar en autobús como un perro famélico olisqueando trabajo, relamiéndome. Mudanza odiosa. Al día siguiente empezaba a doblar el lomo en una revista de cosméticos como fotógrafo. Aunque supongo que estos detalles no interesan. A quién le importa si no tenía dónde caerme muerto. Qué más da si no había manera de hacerse una vida.

Me sonó el móvil y era Yolanda:

—Te echo de menos, Llorens.

Así empezó la conversación. Ella se había quedado en Valencia, pudriéndosele el alma de hastío en el paro. Como siempre, terminamos discutiendo, frustrados de no poder ya hacer cambiar de opinión al otro, conmoviendo; ni siquiera herirnos, que era el último recurso siempre.

Nuestros encuentros ritualmente empezaban con un te quiero y terminaban con un te odio. Es la aritmética funesta del sentimiento, aun por teléfono. Así vivíamos el amor y así lo aceptábamos, como convencidos férreamente de que esa situación iba a perdurar para siempre. Igual que amanece y anochece, nosotros nos amábamos y nos odiábamos.

El colchón de mi nuevo hogar estaba en el suelo. Los armarios olían a asco. Ni siquiera el parqué daba un aspecto imaginariamente acogedor al pisito, en la calle Zumalacárregui. Y el alquiler era una auténtica patada en los necesarios.

Como no había ni radio ni televisión ni nada, me entretenía fotografiando mi propia cara de asqueado y tocando la armónica, que coloqué vete a saber por qué en el último bolsillo de una mochila. Hacía años que no la hacía sonar. Balbuceé algunas notas y empecé a recordar un par de melodías. De los Rolling, de Bruce Springsteen.

Estuve dos días rescatando tonadillas del olvido, en mis tardes de tedio, metido en el nicho y sin ganas de ver la calle.

Debía llevar así casi una semana cuando, de improviso, me asaltó la memoria una musiquilla de cinco notas: re, do, sol, mi, fa, mi, fa, mi, re, do. Esas notas... iban acompañadas de un acorde de re mayor y otro de sol séptima cuando yo creía ser un cantautor adolescente.

¡Ah! ¡Ah, claro! ¡Aquello era de una canción mía! ¡Como el trueno, se llamaba! Recuerdo que la toqué en el instituto, en el último festival de primavera delante de 300 personas. Se puso incluso de moda.

Soplé más fuerte el instrumento. La repetí mil veces con machacona insistencia.

Pero entonces unos golpes en la puerta de casa (por llamarla de algún modo) me interrumpieron. Algún vecino cabreado, porque en aquel hormiguero las paredes eran de papel de fumar. Me levanté con disgusto y abrí.

Y entonces cambió mi vida.

—¿Ana? ¿Ana Mir? ¿Eres tú?

—Llorens. No me lo puedo creer.

La chica, como yo, camino de los treinta, me miraba blanca y perpleja. Menuda, más castaña que en un tiempo ya lejano, carita redonda, ojos azules de ola caribeño. Y una arruga que antes no tenía partiéndole el ceño claro. El signo de las preocupaciones.

—Yo... he escuchado la armónica y... ¡joder! ¡Si era la canción que tocaba Llorens en el instituto! Y como estoy un poco loca no he podido evitar subir.

Y al instante comprendí que la armónica vino conmigo a Bilbao por un motivo que podía intuir, pero no conocer. Son las trampas del destino que se conocen sólo a posteriori.

La hice pasar a mi iglú y nos contamos un poco de todo. Ella estaba con alguien de Barcelona, a quien no hizo demasiadas referencias. Empezó empresariales, pero terminó trabajando como secretaria de un taller de mecánicos en Sedaví. Y así había dado tumbos, en el amor y en el trabajo hasta terminar en Bilbao, donde llevaba unas semanas cuidando niños.

—¿Y tú? ¿Todavía tocas la guitarra?

Sonreí con tristeza.

—Nunca.

—Pues en el instituto eras la caña. Yo pensaba que terminarías siendo un roquero famoso.

—No. He terminado siendo un fotógrafo desconocido.

Al final volvió a su agujero, en el piso de abajo. Tenía que trabajar, me dijo. Y que teníamos que vernos. Que menuda suerte. Qué casualidad. Ana Mirapestaba a soledad y a pobreza.

Yo antes solía ser un chico de imaginación desbordada. Soñaba que las casualidades juegan a nuestro favor y le dan magia al descarnado trabajo no remunerado de vivir. Pero eso era antes.

Y aun así no pude evitar retroceder hasta los quince años. La lluvia cantábrica se descorrió como un telón y quedó un pasillo luminoso de instituto. Lleno de gritos, de ventanas aficionadas a romperse. De chicas, de chicas hechas para soñar.

Pero sobre todo una, una que se llamaba Ana Mir. Una que fue el primer amor de mi vida. Un amor tan perfecto que nunca se hizo carne.

Si aprendí a tocar la guitarra fue sólo para enamorarla. Para escribirle canciones y que se enamorara escuchándolas. Ella caminaba ingrávida con su melena castaña clara y sus ojos grandes de un azul puro que ya no existe. Un color tan límpido como el del diamante más perfecto oculto en las entrañas de este planeta. No había arruga partiendo el ceño aún. Qué sensación la de verla pasar en el descanso entre clases y sentir que el alma se me iba entera hacia su cuerpo recién salido del horno.

Recuerdo un aula vacía y un sol de primavera entrando a legiones por las ventanas. En la pizarra, escrito no sé qué de Zorrilla, Espronceda y Tirso de Molina. Gritos en el pasillo. Yo sentado sobre un pupitre con una guitarra y ella, pequeña, escuchándome con las mejillas apoyados en las muñecas. Y pidiendo:

—¡Toca Pongamos que hablo de Madrid! ¡Toca Mi amigo Satán! ¡Toca los Suaves!

Y cómo iba a decirle no, si yo la quería. Si me sabía su cuerpo y sus mohines de memoria. Era tan menuda y tan blanca. Y tenía quince años ¡Quince!

Pero nunca pasó nada. Y era así mejor. Ella se enteró de oídas de que el chico de la guitarra mataría por sus huesos. Pero quién se toma en serio el amor por esas edades (ni siquiera después).

Y ahora ella reaparecía quince años más tarde en el rincón oscuro que yo habitaba. Emergía de otro rincón oscuro, sito en el piso de abajo.

Pasé la tarde siguiente mirando por la ventana viendo la lluvia amargar la vida a las fachadas oscuras. Volví a pensar en Ana, que debía estar abajo. Sonó mi teléfono. Era Yolanda:

—¿Qué te pasa, Llorens? Tienes la voz rara.

—Estoy melancólico.

—¿Porque me echas de menos?

—Claro.

—Oh, no me hagas llorar, Llorens. Estoy llorando. Te quiero. Te echo de menos.

—Te quiero. Te quiero. Te necesito aquí, Yolanda.

Así diez minutos. Luego colgué y seguí pensando en Ana.

Qué casualidad que justo entonces llamaran a mi puerta. Allí estaba en el rellano, menuda, con un jersey grueso de mangas largas que ocultaban sus manos de mariposa.

—¿Quieres bajar a cenar conmigo esta noche? —me propuso.

—¿Y por qué no nos vamos por ahí?

Hizo un gracioso gesto de disgusto y gandulería, justo aquel que apasionó mi corazón quince años atrás, cuando mi alma entendía de calores. Justo aquel que se le escapaba si el Pachón la sacaba a la pizarra.

—Venga —insistí.

—Pasa a por mí a las nueve y media.

Me duché y tal. Y me descubrí masturbándome desafortadamente, como una fiera. ¿Seguiría teniendo ella esos muslos blancos de mantequilla que tantas fantasías y premuras onanistas alimentaron en mí? Esas rodillas pequeñas, esas piernas cortas. Aquella piel mórbida que sólo toqué una vez. Y con la punta del dedo índice, justo antes de un festival. Iba disfrazada de Alaska. Qué erótico.

Pero a mí se me iba la cabeza a la adolescente que reía, que era inaprensible. Porque la chica que me había propuesto ir de cena no parecía para nada inalcanzable.

La cuestión es que a la hora indicada estuve allí. Cogimos el metro al casco viejo, que estaba lluvioso y oscuro. Paseamos un poco por la ría y cenamos en un restaurante muy pequeño. Hablamos de cosas chorras. Desconecté el móvil en el café tocado por si llamaba Yolanda. Advertí que Ana hacía lo mismo. La certeza de que iba a pasar esa noche sobre un colchón sudado atrajo la sangre más caliente y violenta a los cuerpos cavernosos de mi sexo. Que se me levantó el pito, vamos. Fui al baño y saqué condones de la máquina.

Regresé y lo dicho. Conversación sobre los viejos compañeros:

—Pues Giménez está gordo y con novia.

—Raúl Gomar curra en Alemania.

—¿Y Ballesta? Me han dicho que está para el arrastre.

—Y esa chica tan guapa, Lorena García. Está de concejala en Gandía. Su novio es constructor. Bueno, no sé si se casarían. Con razón dicen los franceses que el destino de una persona está en su físico.

Y así trazamos un laberinto de vidas con un mismo punto de partida, pero que parecían ir a ninguna parte.

Ya se sabe que el vino destapa las esencias, pero también las carencias. Traté de impresionarla con mis ensoñaciones sobre conocer África algún día y meter todo el Serengeti en mi cámara de fotos. Ella me miraba entre incrédula e indiferente. Comprendí que con 30 tacos ya no podía ir de soñador. Y mucho menos impresionar a Ana Mir.

Si esa conversación se hubiera producido 15 años atrás ella me habría estado mirando con las mejillas descansadas sobre la palma de las manos, los ojos brillantes. Sonrosados los mofletes.

Pero ya no era tiempo de eso. Creo que a mi inaprensible no le interesaba demasiado mi futuro soñado. Y creo también que durante un momento me disgustó la certeza de que me iba a acostar con ella sin batirme antes con un caballero negro o matar algún dragón.

Llegamos a la calle Zumalacárregui. Ella me tenía agarrado por la cintura bajo la sempiterna lluvia. Yo le pasé la mano por el hombro. Notaba clarividente el calor de su cuerpo de muñeca en mi costado. Parecía decirme: voy a quemarte y una cama en llamas será tu pira.

Estábamos ebrios hasta el punto exacto para justificar nuestros comportamientos. Entramos al patio y el ascensor nos dejó en su piso. Me bajé con ella. Miradas pícaras.

Abrió la puerta de su simulacro de hogar. La lluvia fina redoblaba afuera como el tambor circense de un más difícil todavía.

Nos liamos en el dintel. Me llevó a su habitación y sin trámites ni romances nos besamos y nos tocamos. Su boca sabía a *whisky* y vino. Igual que la mía, supongo. Su piel era dura como la certeza.

En medio de la fantasmal noche la vi desnuda. Cuántas veces en la adolescencia soñé con aquel cuerpo de ninfa. Hoy los senos caían mórbidos, deformando unos pezones grandes como sombreros de mejicano. Las piernas eran las mismas seductoras extremidades. Y ahora las estaba acariciando. Y ahora sabía del calibre de su calor.

Sin más circunloquios, lo hicimos. Fornicamos como dos espectros pecadores que querían ocultar al mundo su espantoso sacrilegio. Estábamos en ello cuando su móvil sonó. Se incorporó en la cama muy cortada:

—Creía que lo había apagado.

Lo cogió:

—Hola, cari.

Y salió de la habitación.

Tras unos minutos regresó al dormitorio con la cabeza gacha. Su velludo sexo, frondoso como un bosque encantado, resaltaba sombrío sobre la palidez de su vientre y muslos.

Sin palabras, me estimuló el pene a mano y al cabo ya estábamos de nuevo en las mismas, vientre contra vientre. Eyaculé con excelso placer, besándola, obligándola a que me mirase a los ojos. Trataba yo de atisbar en los suyos un tesoro que dejé enterrado en mi adolescencia. Y sus pupilas de isla de Cozumel eran la ínsula divina donde lo escondí.

Pero busqué y busqué mientras el placer me atomizaba el alma y me dividía en mil. Y no encontré nada.

¿Por qué no me regaló la vida ese mismo instante 15 años atrás? Oh, yo hubiera vendido mi alma al banco por haber tenido a Ana Mir entre mis brazos en el momento en que eso debió suceder.

Terminamos. Ella se durmió. Yo no.

No había muebles en la habitación, quitando de un armario empotrado. Era como mi corazón, también sin amueblar.

Ella respiraba ufana y transpuesta mientras a mí se me perdía la vista por la ventana, donde la lluvia seguía cayendo y cayendo, dibujando cortinas de luz líquida ante las farolas.

Y el pensamiento se me iba a un patio de instituto. A una chica que tenía horror a la clase de piscina por el prematuro gran tamaño de sus pechos. A una muchacha que corría por el pasillo cantando lo penúltimo de Joaquín Sabina. Ella se asomaba por la ventana y el sol se amilanaba ante el brillo de sus ojos azules.

Y le era fácil reír. Y me pedía que le tocara canciones. ¡Toca Pongamos que hablo de Madrid! ¿Otra vez, Ana? ¡Sí! Y yo me resignaba y volvía a tocarla. Yo le escribí una, creo. Decía algo de “quiero pedirte la mano” y no sé qué más sobre una luz.

¿Dónde estaba esa chica adorable? ¿Dónde estaba ese chico adorador?

Y entonces se me erizó la piel desnuda porque esa cabeza dormida que rozaba la mía era la que despertó en mí el amor por primera vez, como un campo infinito y virginal de girasoles embriagados, abiertos en alma plena hacia el astro rutilante y dorado. Ay, los frutos áureos del pasado, qué mal se han podrido. No pude evitar despertarla para decirle en voz baja:

—Oye, ¿sabes que todas las canciones de amor tuvieron de repente sentido para mí el día en que me enamoré de ti? Tenía quince años. Hasta entonces no las comprendía. Y creo que he vuelto a olvidar su significado. ¿Me lo recordarás ahora?

Ella exhaló un quejido candoroso, y sólo respondió:

—Bah. Cállate.

Le costó un segundo volver a conciliar el sueño de los injustos.

Ana tenía razón: bah. Cállate.

En ese preciso instante, allí donde ella apoyaba su sien inconsciente en mi pecho, allí en el colchón donde la vida me había traicionado, llegué a dos conclusiones. La primera: en cuanto regresara a mi piso, la armónica iba a la basura. La segunda: recuperar el tiempo perdido es una pérdida de tiempo.



José Miguel Vilar-Bou (Alfajar, 1979) es periodista. Ha vivido en Italia, Bélgica y Serbia. En España ha trabajado para numerosos diarios, revistas y televisiones. Es autor de la novela *Los navegantes* (AJEC, 2007) y ha publicado cuentos en las antologías *Visiones* y *Melocotón Mecánico*, el diario *El País* y las revistas *Galaxia* e *Historias Asombrosas*. Fue ganador del concurso de literatura breve de la Universidad Cardenal Herrera-CEU en 2002 y obtuvo el segundo y tercer premio en 2003. Sus cuentos han sido traducidos al serbio y publicados por la revista *Grádina*.